

contra aquel virtuoso prelado. Se impuso silencio á Maillard y á su diputacion, diciéndoles : que se habian tomado medidas para abastecer á París ; que el rey no se habia olvidado de nada y que se le iba á suplicar que tomase otras mas eficaces , por lo que lo mejor era retirarse , en la inteligencia de que los alborotos no harian cesar la escasez.

En seguida salió Mounier para ir á palacio , pero se vió cercado por las mugeres que querian acompañarle y , á pesar de su resistencia , tuvo que admitir á seis de ellas , atravesando por las hordas armadas de lanzas , hachas y palos ferrados que acababan de llegar de París. Estaba lloviendo entonces si Dios tenia qué , cuando un destacamento de guardias de corps vino á escape sobre la turba que rodeaba al presidente y la dispersó , pero volvieron luego las mugeres á rodear á Mounier , quien llegó al palacio donde estaban formados en orden de batalla el regimiento de Flandes , los dragones , los suizos y la milicia nacional de Versalles. En lugar de seis mugeres tuvo que presentar doce al rey , quien las recibió con tanta benignidad , lamentándose de sus miserias en términos que quedaron conmovidas. Una de ellas que era jóven y hermosa , se quedó parada mirando al rey y apenas pudo pronunciar la palabra *pan* ; enternecido el rey la abrazó y se retiraron las mugeres sin saber qué

decir al verse tan benignamente acogidas. Encuentran á las puertas de palacio á sus compañeras que no quieren dar crédito á su relacion , diciendo que se habian dejado seducir é intentan hacerlas pedazos , acuden para libertarlas los guardias de corps , mandados por el conde de Guiche , y en el momento se oyen por diversos lados varios tiros que mataron á dos guardias é hirieron algunas mugeres. A corta distancia de aquel punto un hombre del pueblo que estaba á la cabeza de varias mugeres , penetra por entre las filas de los batallones y llega hasta las rejas de palacio. Le persigue Mr. de Savonnières ⁶ , pero se le dispara un tiro que le rompe un brazo. Estas escaramuzas produgeron la mayor irritacion en uno y otro partido. Avisado el rey del peligro que le amenazaba , mandó retirar los guardias de corps á su cuartel prohibiéndoles hacer fuego , pero mientras se retiraban hubo algunos tiros entre ellos y la guardia nacional de Versalles , sin que se haya podido averiguar cuales fueron los primeros que empezaron á disparar.

En medio de tal desorden estaba el rey en el consejo y Mounier , aguardando con impaciencia su respuesta , daba incesantemente aviso de que sus funciones le llamaban á la asamblea ; que con la noticia de la sancion se calmarian todos los ánimos y que iba á retirarse si no se le contestaba ,

porque no queria ausentarse por mas tiempo. Tratábase en el consejo de si saldria ó no el rey de Versalles. Duró la sesion desde las 6 de la tarde hasta las 10 de la noche, y se asegura que declaró el rey que no queria dejar el puesto vacante para el duque de Orleans. Se quiso hacer salir á la reina con sus hijos, pero la turba detuvo los coches al momento que los atisvó, y por otra parte, la reina estaba firmemente resuelta á no separarse de su esposo. En fin, á eso de las 10 de la noche, recibió Mounier la aceptacion pura y sencilla y se volvió á la asamblea. Se habian retirado ya los diputados y estaba el salon ocupado por las mugeres. Les anunció la aceptacion del rey que celebraron mucho, preguntándose si se mejoraria su suerte y sobre todo si tendrian pan. Les contestó Mounier lo mejor que pudo, y mandó repartirles cuanto pan fué posible hallar. En aquella noche en que tan difícil es discernir á quien se deben atribuir las mayores faltas, no se puede justificar á la municipalidad del descuido de no haber proveido á las necesidades de aquella turba hambrienta, lanzada fuera de Paris por falta de pan y que no habia podido encontrarlo en el camino. En aquel momento se anunció la llegada de Lafayette, que habia luchado durante ocho horas contra la milicia nacional de Paris para impedir el viaje de Versalles. Uno de los granaderos enca-

rándose con él, le dijo: «general, V. no nos engaña, pero le están engañando; en vez de volver «nuestras armas contra las mugeres, vamos á «Versalles á buscar al rey y asegurarnos de sus «disposiciones colocándole en medio de nosotros.» Resistia Lafayette á las instancias de su ejército y de la multitud, pero como no tenia sobre sus soldados aquel ascendiente que dá la victoria, sino el de la opinion, en abandonándole esta ya no le era dable contenerlos; sin embargo, lo logró hasta la noche, pero su voz no se estendia sino á corta distancia, lo cual no bastaba para calmar el furor popular. Mas de una vez habia corrido peligro de la vida y no obstante resistia conociendo que pues la insurreccion, aumentada á cada instante con nuevos tropeles, se dirigia á Versalles, su obligacion era seguirla y observarla hasta allí. Ademas de eso la municipalidad le dió orden para ello y obedeció. En el camino hizo parar su ejército y le tomó juramento de fidelidad al rey. Llegó hacia la media noche, avisando inmediatamente á Mounier de que el ejército habia prometido cumplir con sus deberes y que nada se haria en contra de la ley. Fué inmediatamente á palacio, donde se presentó con el mayor respeto y pesar, dando parte al rey de las precauciones tomadas y asegurándole de su adesion y la del ejército. S. M. pareció tranquilizarse y se retiró á

descansar. Se habia reusado á Lafayette la guardia de palacio confiándole solamente los puestos exteriores, quedando ocupados los demas por el regimiento de Flandes, cuya lealtad era dudosa, por los suizos y por los guardias de corps. Estos, á quienes se habia mandado retirarse desde el principio, habian sido llamados de nuevo, pero no habiendo podido reunirse, se hallaban en corto número. En medio de la confusion que reinaba, se habia descuidado la defensa de algunos puntos accesibles, habiendo quedado abierta una reja; mandó Lafayette ocupar los puestos exteriores que le habian sido confiados, de los que ninguno fué forzado ni atacado siquiera. A pesar del tumulto, seguia la asamblea en su sesion discutiendo sobre las leyes penales en la mas imponente actitud. De tiempo en tiempo interrumpió el pueblo la discusion pidiendo pan, hasta que, cansado Mirabeau exclamó con voz fuerte, « que nadie tenia derecho de imponer leyes á la asamblea y que se mandaria evacuar las tribunas. » El pueblo prorumpió en aplausos al oir estas palabras, pero con todo ya no convenia á la asamblea resistir mas. Habiendo Lafayette avisado á Mounier que todo le parecia que estaba sosegado y que podia despedir á los diputados, se separó la asamblea á cosa de las dos de la noche, emplazándose para el dia siguiente 6 á las 8 de la mañana. Se habia

esparcido el pueblo por la ciudad y parecia muy sosegado, así como debia estarlo Lafayette por la adesion del ejército que en efecto no se desmintió. Habia procurado fortificar el cuartel de los guardias de corps, y establecido numerosas patrullas estando todavia en pie á las 5 de la mañana. Mas creyendo entonces que todo estaba apaciguado, tomó una limonada y se echó sobre una cama para descansar de la fatiga que duraba ya mas de 24 horas.*

En aquel instante empezaba el pueblo á despertar y recorria ya los alrededores del palacio: travóse una disputa con un guardia de corps que disparó un tiro desde la ventana. Acuden al instante los pillos y pasando por la reja que habia quedado abierta, suben por una escalera que encuentran desocupada, hasta que por fin los detienen dos guardias de corps que se defendieron heroicamente, cediendo el terreno palmo á palmo y retirándose de puerta en puerta. Uno de estos generosos defensores que se llamaba Mismandre, soltó el grito de « Salvad á la reina! » y tan fuerte fué la voz que la reina despavorida huyó al cuarto del rey. Mientras que iba huyendo se precipitan los infames hasta su mismo lecho que estaba vacío, é intentan penetrar mas adentro; pero

* Véase la nota g al fin del tomo.

fueron felizmente detenidos por una gran porcion de guardias de corps que se atrincheraron en aquel punto. Entre tanto los guardias franceses situados cerca de palacio y que obedecian á Lafayette, sienten el tumulto, corren y dispersan á los foragidos. Se presentan á la puerta de tras de la cual estaban atrincherados los guardias de corps, diciéndoles á gritos: «Abrid, no se han olvidado « los guardias franceses de que en Fontenoy salvasteis á su regimiento. » Abrióse la puerta y se echaron en brazos unos de otros.

Reinaba por fuera el mayor tumulto y Lafayette, que á penas habia descansado algunos minutos, sin haber dormido nada, oyó el ruido, monta en el primer caballo que encuentra, y precipitándose en medio de la turba halló á varios guardias de corps que iban á ser degollados. Mientras que los liberta de las manos de aquellos facciosos, mandó á sus tropas que corriesen á palacio, y quedó casi solo en medio de la multitud. Uno de ellos le apunta con un fusil, pero Lafayette sin alterarse manda al pueblo que le lleven á su presencia. Obedécenle al momento, y apoderándose del reo, le estrellan los sesos contra las piedras á la vista misma del general. En seguida y despues de haber salvado á los guardias de corps, Lafayette corre con ellos á palacio donde encuentra á sus granaderos que habian llegado ya. Todos le rodean y le

prometen morir por el rey. En este instante los guardias de corps libertados de la muerte gritaban *viva Lafayette!* La corte entera salvada por él y por su tropa, confesaba que le debia la vida. Universales eran las manifestaciones de gratitud y una de las tias del rey, madama Adelaida, le abre los brazos diciéndole. « General, usted nos ha salvado « la vida. »

En aquel momento el pueblo pedia á gritos que Luis XVI viniese á Paris. Se reunió el consejo, á que no quiso asistir Lafayette á pesar de que se le convidaba con instancia, por no coartar la libertad de votos. Quedó decidido por fin que se conformaria la corte con los deseos del pueblo, y para que se esparciese mas pronto esta noticia se puso en esquelitas que fueron tiradas por la ventana. Entonces se presentó Luis XVI al balcon en compañía del general y fué acogido con vivas estrepitosos, pero no asi la reina, contra quien se levantaron gritos amenazadores. Se dirige á ella Lafayette y la dice: ¿ qué es lo que piensa hacer V. M.? « Acompañar al rey » contestó la reina con valor; pues en ese caso sígame V. M., replicó el general, y la conduce aturdida al balcon. Se oian amenazas proferidas por hombres del pueblo y podia temerse un golpe funesto, las palabras no podian oirse desde abajo, y era preciso hacer algo que llamase la atencion. Inclinándose enton-

ces y cogiendo la mano de la reina, el general la besó respetuosamente, y al ver esto aquel pueblo de franceses, se enagena y confirma la reconciliación con los gritos de *viva la Reina, viva Lafayette*. Pero quedaba todavía que hacer la paz con los guardias de corps, «¿No hareis nada en favor de mis guardias?» dijo el rey á Lafayette. Este coge inmediatamente á uno de ellos, le conduce al balcón, y le dá un abrazo ciñéndole con su propia faja, vuelve á aplaudir el pueblo, ratificando aquella nueva reconciliación con nuevos aplausos.

Habia pensado la asamblea que no la permitia su dignidad trasladarse cerca del monarca, por mas que este se lo hubiese pedido, y se habia contentado con enviarle una diputación de 36 individuos; pero luego que supo que el rey iba á Paris, decretó que era inseparable de su persona y nombró cien diputados para acompañarle. Apenas recibió el rey el decreto, se puso en marcha. Ya habian salido de Versalles las hordas mas numerosas, siguiéndolas por órden de Lafayette un destacamento del ejército para impedir que volvieran atras, y habia mandado que se desarmase á los bandidos que llevaban clavadas en sus lanzas las cabezas de dos guardias de corps. Se les arrancó aquel horrendo trofeo, y no es cierto que haya precedido al coche del rey.

Volvió por fin Luis XVI en medio de un con-

curso considerable y fué recibido en la casa de la ciudad por Bailly, «vuelvo con confianza, dijo el rey, en medio de mi pueblo de Paris» y como al repetir Bailly estas palabras á los que no podian oirlas, se habia olvidado de la voz *confianza*, «añadid con confianza,» le dijo la reina, — Mas felices sois, replicó Bailly que si yo mismo la hubiera pronunciado.

Entró la real familia en el palacio de Tullerías que no habia sido habitado despues de un siglo, ni se habia tenido tiempo para hacer los preparativos necesarios. Se encargó la guardia de él á las milicias de Paris, de suerte que tuvo tambien Lafayette que responder á la nacion de la real persona que se disputaban todos los partidos. Querian los nobles conducir al monarca á una plaza fuerte para mandar despóticamente en su nombre, y el partido popular, que todavía no pensaba en pasarse sin rey, queria conservarle para completar la constitucion y quitar un gefe á la guerra civil; asi es que la malevolencia de los privilegiados llamaba á Lafayette el carcelero, aunque ciertamente su vigilancia no probaba otra cosa sino el deseo sincero de la conservación de un rey.

Desde entonces se designó la marcha de los partidos de un modo menos dudoso, pues separada de Luis XVI y no pudiendo ejecutar á su lado ninguna empresa, la aristocracia se esparció

por las provincias y hasta por países extranjeros. Entonces fué cuando empezaron á multiplicarse las emigraciones. Con el conde de Artois que habia hallado asilo cerca de su suegro, huyeron á Turin un sin número de nobles. Allí toda su política se redujo á escitar los departamentos del medio dia y suponer que el rey no era libre. La reina que á mas de ser austriaca, era enemiga de la nueva corte formada en Turin, tornó sus esperanzas hacia el Austria.

En medio de aquellas intrigas el rey lo sabia todo y no impedía nada, aguardando su salvacion por cualquiera parte que le viniese. De cuando en cuando consentia en hacer las declaraciones exigidas por la asamblea, y si se puede decir que no era verdaderamente libre, tambien se debe añadir que lo mismo le hubiera sucedido en Turin ó en Coblenz y le sucedia en tiempo de Maurepas, porque el destino de los débiles en todos tiempos y en todas partes es vivir en la dependencia. Triunfaba por fin el partido popular, pero se hallaba dividido entre el duque de Orleans, Lafayette, Mirabeau, Barnave y los hermanos Lameth. La voz pública señalaba al duque de Orleans y á Mirabeau como autores de la última insurreccion. Testigos no indignos de confianza, certificaban haber visto al duque y á Mirabeau sobre el lamentable campo de batalla del

6 de octubre; pero fueron desmentidos despues estos hechos, aunque en el momento pasaban por inconcusos. Decian los calumniadores que los conjurados habian querido obligar al rey á huir, y algunos mas atrevidos añadian que el proyecto llegaba hasta matarle. Decian que el duque de Orleans habia querido hacerse proclamar teniente general del reino y ministro á Mirabeau, y como ninguno de aquellos supuestos proyectos habia surtido efecto, habiéndolos desbaratado Lafayette con sola su presencia, pasaba este por un verdadero salvador del rey y por vencedor del duque de Orleans y de Mirabeau. La corte que todavia no habia tenido tiempo para ser ingrata, confesaba que debia su salvacion á Lafayette, cuyo poder en aquel momento parecia inmenso y ofuscaba ya á los patriotas exaltados que le comparaban á Cromwell en sus murmuraciones. Mirabeau que no tenia nada que ver con el duque de Orleans, como se verá luego, tenia celos de Lafayette y le llamaba Cromwell Grandisson * No dejaba de promover la aristocracia aquellas desconfianzas añadiendo á ellas sus propias calumnias; pero Lafayette estaba decidido, á pesar de

* Alude el ilustre orador á una novela del autor ingles Richardson, cuyo héroe llamado Grandisson es un hombre dotado de mil perfecciones, pero de una ingenuidad que raya en simpleza. (N. del T.)

todos estos obstáculos, á defender al rey y á la constitucion. Con este fin resolvió primero alejar al duque de Orleans, cuya presencia daba lugar á muchas habladurias y podia proporcionar, sino los medios, cuando menos el pretesto de nuevas turbulencias. Tuvo una entrevista con el príncipe, á quien intimidó con su firmeza y le obligó á dejar el campo. Fingió el rey con su debilidad acostumbrada, aunque estaba en el secreto, que no podia impedir aquella medida, y cuando escribió al duque de Orleans, le dijo que era preciso que él ó Mr. de Lafayette se retirasen; que en el estado en que se hallaban las opiniones, no podia haber duda en la eleccion, y que por consiguiente le daba una comision para Inglaterra. Se ha sabido despues que para libertarse de la ambicion del duque de Orleans Mr. de Montmorin, ministro de negocios estrangeros, habia querido enviarle á los Países Bajos, que se hallaban insurreccionados á la sazón contra el Austria, y que le habia hecho esperar el título de duque de Brabante. * Se irritaron mucho los amigos del duque luego que supieron aquel rasgo de su debilidad. Mas ambiciosos que él mismo, no querian que cediese, sino que se acercaron á Mirabeau instándole á que denunciase en la tribuna las violencias de Lafayette con-

* Véanse las memorias de Dumouriez.

tra el príncipe. Mirabeau que ya tenia celos del general, como hemos dicho antes, hizo saber al duque y á Lafayette que iba á denunciarlos en la tribuna si se verificaba el viage de Inglaterra. Titubeó el duque de Orleans, pero una nueva intimacion de Lafayette le decidió, y recibiendo Mirabeau en la asamblea misma una esquela que le anunciaba la partida del príncipe, exclamó con ceño: « *No merece este hombre el interes que se toman por él.* » Este dicho, con algunos otros igualmente inconsiderados, le han hecho pasar muchas veces por uno de los agentes del duque de Orleans, sin embargo de que jamas lo fué: su falta de recursos y tambien de reflexion en sus palabras, su familiaridad con el duque de Orleans que en efecto era igual á la que tenia con todo el mundo, la opinion que manifestó cuando se discutió la cuestion de sucesion á la corona y los derechos de la rama española, y últimamente su oposicion á la salida del duque, bastaban para escitar sospechas; pero no por eso es menos cierto que Mirabeau no pertenecia á ningun partido. Su fin único era destruir la aristocrácia y el poder arbitrario.

No debian ignorar los autores de aquellas suposiciones que Mirabeau estaba entonces reducido á pedir prestadas las mas mínimas cantidades, lo

* Véase la nota 10 al fin del tomo.